

## OBSERVACIONES SOBRE EL LIBRO DEL DR. RIVERA (\*)

RAMÓN GONZÁLEZ RUIZ

Numerario

Al presentarse al público de Toledo una nueva edición del libro de don Juan Francisco Rivera Recio, *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo*, conviene advertir desde el principio que se trata, al mismo tiempo, de un libro de Historia y de un libro de Teología. De Historia, porque en él encontrará el lector una narración sistemática y rigurosa de las circunstancias en que a unos centenares de sacerdotes de la diócesis de Toledo les fue arrebatada la vida en una coyuntura histórica bien conocida. Y de Teología, porque esas vidas fueron inmoladas por la causa del nombre de Cristo y con su testimonio autentican la perennidad del mensaje cristiano. Ambos aspectos están sustancialmente imbricados en el libro que presentamos.

Quisiera hablaros brevemente del autor y de la obra. Nadie hubiera cumplido mejor este menester que el propio don Juan Francisco, el cual nunca pensó que esta obra suya recibiría una edición póstuma. Es de suponer que no será la última.

Pero antes de pasar adelante conviene advertir que esta que presentamos es sólo parcialmente una tercera edición. El libro fue publicado en dos volúmenes, el primero en 1945 y el segundo en 1958, con una distancia de 13 años entre uno y otro. Cuando se puso a la venta este segundo volumen, el primero hacía ya mucho tiempo que había quedado agotado, lo cual llevó al autor a pensar en una segunda edición del primer volumen. Don Juan Francisco revisó y mejoró el tomo primero y ambos fueron publicados simultáneamen-

---

(\*) Discurso leído en el acto de presentación del libro de don Juan Francisco RIVERA RECIO, *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo*, tercera edición, (Toledo 1995). Estudio Teológico de San Ildefonso, 22 de diciembre de 1995.

te, aunque de forma separada, en 1958. Los dos llevan un pie de portada que dice: «Publicaciones del Boletín Oficial Eclesiástico de Toledo». Esta referencia comportaba dos consecuencias de notable trascendencia: por una parte, confería un carácter semioficial a la obra y, por otra, la eximía de pasar por la censura del Estado, pues es bien sabido que las únicas publicaciones libres de atravesar esta finísima malla durante el régimen de Franco eran los boletines oficiales de las diócesis españolas.

Don Juan Francisco, que falleció hace cuatro años en esta ciudad, es una persona suficientemente conocida en Toledo. Natural de la localidad de Cebolla, ingresó en este Seminario, desde donde por sus relevantes cualidades intelectuales, le propusieron marchar a Roma en 1929 para culminar allá su formación eclesiástica. Durante siete cursos académicos se dedicó en primer lugar a la Teología y después a la Historia Eclesiástica en la recién creada facultad de la universidad Gregoriana. Medalla de Oro de la universidad al concluir su doctorado, su excelente preparación y sus trabajos posteriores demostraron que no se habían equivocado quienes, siendo aún seminarista, lo designaron para realizar estudios superiores en aquella prestigiosa universidad romana. Su vocación de escritor se demostró tan precoz, que publicó su primer trabajo de investigación en una revista internacional con sede en Bélgica en 1933, cuando todavía era estudiante. El comienzo de la guerra civil le sorprendió en Italia y esa pudo ser la causa de que escapara a la tremenda prueba a que fue sometida la iglesia de Toledo. Se incorporó a la diócesis inmediatamente después de los trágicos hechos que se narran en este libro, de modo que él mismo es un testigo cualificado de la veracidad de lo que en él se cuenta. En varias de sus publicaciones ha dejado constancia del estremecimiento, de la emoción y del estupor que le produjeron estas noticias a su llegada a Toledo a primeros de octubre de 1936, recién consumada la hecatombe sacerdotal de los meses de julio-septiembre anteriores y después de tomada la ciudad por el bando nacional el 28

de septiembre, con la mayoría de los sacerdotes asesinados, el arzobispado convertido en oficinas administrativas civiles, la curia diocesana desorganizada y sin personal, la catedral expoliada y las iglesias unas incendiadas y otras saqueadas, todas ellas desasistidas. Don Juan Francisco ha comparado aquella dramática situación a la que el cristianismo primitivo tuvo que afrontar en los primeros siglos de la era cristiana, apenas salido de las catacumbas. Todavía quedan sacerdotes y seglares de Toledo sobrevivientes de aquella terrible matanza y que están presentes entre nosotros, entre ellos don Luis Moreno Nieto, que acaba de hablar antes de mí. Ellos lo pueden relatar.

Entregado en un principio a las tareas inaplazables de la reconstrucción diocesana, pasados los años críticos de la inmediata posguerra, don Juan Francisco pudo dedicarse a su tarea de historiador y profesor. Él mismo nos ha dejado una autobiobibliografía, donde ha comentado las circunstancias que dieron origen a cada uno de sus estudios históricos. Después de muchas horas de trabajo -miles, calcula él- dejó una importante obra escrita, que le ha valido una gran nombradía nacional e internacional.

Cuando yo comencé a trabajar a sus órdenes por los primeros años sesenta, se encontraba en el momento más granado de su actividad intelectual. Había publicado el segundo volumen de su historia de *La persecución religiosa en Toledo* y se hallaba en período muy avanzado de recogida y análisis de materiales para redactar su *Historia de la iglesia de Toledo en el siglo XII*, obra en la que tenía cifrado sus mayores empeños y cuyo primer volumen saldría muy poco después. Él siempre se consideró un medievalista, es decir, un historiador de hechos muy alejados, hasta el punto de que con frecuencia manifestaba su escepticismo sobre la valoración que harían los posibles usuarios en relación con tanto esfuerzo desplegado.

Como padre de tantas criaturas -libros y artículos de revistas, todos de investigación de primera mano-, él sentía debilidad por algunas de ellas, mientras que frente a otras manifestaba cierto desaso-

siego y disconformidad. La posteridad, sin embargo, puede que no esté siempre de acuerdo con las apreciaciones personales del autor. La biografía de San Julián de Toledo, por ejemplo, llena de toques de gran belleza literaria, como obra de juventud, que él estimaba sobremanera, no ha gozado ni goza de gran favor. Es difícil que pase de la primera edición, a no ser que intervengan causas imprevisibles.

Su obra sobre la iglesia de Toledo en el siglo XII, cuyo segundo volumen lo terminó 8 años después estando ya aquejado por las limitaciones físicas derivadas de un severo accidente vascular, mantiene su vigencia como obra fundamental de referencia y por eso es frecuentemente citada en la historiografía medieval española.

Por el contrario, el libro sobre *La persecución religiosa de la diócesis de Toledo*, con sus dos volúmenes, uno de 1945 y otro de 1958, como ya se ha dicho, es una obra con cuyos resultados el autor no se sintió nunca plenamente satisfecho y lo manifestó repetidas veces de palabra y por escrito. Asegura que la elaboró «sobre una documentación muy deficiente», pero sus lectores, incluso los de primera hora, han rectificado esta impresión más bien negativa. Sirva de ejemplo el uso de los datos de este libro que hizo Mons. Montero, actual arzobispo de Mérida-Badajoz, en su tesis doctoral sobre la persecución religiosa en España, donde aparecen juicios sumamente favorables para él. El editor señor Vasallo, de Madrid, ya en los comienzos de la transición democrática, le propuso una nueva edición inmutada. Don Juan Francisco consideró la posibilidad de una refundición completa, pero tal vez por lo mermado de sus fuerzas, por no contribuir a reavivar los dormidos rescoldos en un momento delicado políticamente o por ambos motivos a la vez, terminó rechazando la propuesta.

Acostumbrado como estaba a los datos compulsados y analizados, le parecieron insuficientes los que se contenían en los informes que de orden del cardenal Gomá se habían recogido por toda la diócesis a raíz de la persecución, estando la guerra devastando todavía

los campos de una parte de la extensísima diócesis. A lo que parece, fue del mismo don Juan Francisco de quien partió la idea de dejar constancia escrita de estos sucesos sangrientos. Él se ofreció para redactar la crónica de lo que ya en sus comienzos empezó a llamarse la memoria de los mártires. Se elaboró cuidadosamente un cuestionario que se fue enviando a los párrocos y encargados de las iglesias, a fin de que se informaran por personas que hubieran sido testigos presenciales y aportaran datos plenamente comprobados sobre las muertes de los sacerdotes y sobre las destrucciones de los bienes de las iglesias. Se insistía también en la enumeración de los objetos de culto destruidos o robados, a la vista de los inventarios, si es que los había.

El cuestionario se iba enviando a las parroquias a medida que éstas se reintegraban a la diócesis siguiendo el curso variable de la guerra. De ahí que los informes terminaran siendo de valor desigual. Los informes de primera hora estaban teñidos del impacto de la emoción del momento, mientras que los últimos comenzaban ya a alejarse de los hechos. No podía ser de otra manera. Lo mismo había sucedido con empresas semejantes impulsadas en siglos anteriores. Algunas parroquias contestaron al cuestionario inmediatamente después de los sucesos, pero las respuestas de otras tardaron en llegar los tres años que duró la guerra, porque habían quedado en la zona republicana. Unas lo hicieron con más diligencia y otras con más premura. La falta de sacerdotes hacía que muchas parroquias estuvieran administradas provisionalmente por interinos y hasta por capellanes castrenses, que pasaban fugazmente con las tropas. Numerosas parroquias estaban anejadas provisionalmente a otras mayores, no siempre bien comunicadas. La mayor o menor soltura literaria de los redactores no dejaría de influir en la misma narración de los hechos.

Don Juan Francisco se encontró con una masa de informes de años diferentes y de personas diferentes, elaborados en general con seriedad, de forma expositiva, pero sin el rigor del documento histó-

rico tradicional, al que él estaba acostumbrado. Cada uno de los informes venía respaldado por el nombre del informante y del encuestador que era el párroco. Su contenido sustancialmente era correcto, pero incompleto. Don Juan Francisco lo manifiesta repetidas veces. Ya en el prólogo del libro insiste en esta idea. Refiriéndose al tesoro artístico, afirma: «En ninguno de estos casos, fuera del de la lista de los ministros del Señor y de las personas a él consagradas, hemos querido confeccionar un catálogo completo, por las razones que en su lugar se apuntan. Pero sí hemos querido presentar como un esquema de lo deshecho por odio y de lo que se rehace con esfuerzo y amor» (pág. XV). Dicho de otra manera, la relación de las personas sacrificadas es completa y fidedigna, juntamente con el relato de su pasión. No lo era, en cambio, más que de forma aproximativa la relación de las cosas robadas o destruidas. Las razones de esta disparidad a nadie se le escapaban. Los sacerdotes asesinados eran personas identificables y hasta fácilmente cuantificables, mientras que las imágenes, los cuadros, los libros, la orfebrería religiosa, los innumerables objetos del culto de mediano y pequeño tamaño desbordaban por completo la capacidad retentiva de los informantes, cuando no se disponía de inventarios, que era lo que sucedía casi siempre.

Un ejemplo bien patente de ello lo encontramos en el despojo de los objetos de la Catedral. Fiel al documento, como investigador escrupuloso que era, en la descripción de lo arrebatado a la iglesia Primada don Juan Francisco se atiene exclusivamente al contenido de la lista oficial abandonada en el Gobierno Civil por los encargados de realizar el expolio, bien que él es consciente de que «el despojo supera al número de los objetos consignados en ella». Dispersos los objetos como estaban entre la capilla de la Torre o tesoro, la capilla de San Pedro, la sacristía mayor, la sala de ropas y el ochavo o reliquiario, y asesinados los responsables de las llaves del tesoro, muy pocas personas por no decir ninguna estaban en condiciones de asegurar cuántos objetos faltaban, una vez consumada la operación.

En esta nueva edición de su libro se reproduce un espléndido reportaje fotográfico de la antigua Casa Foto Rodríguez, en la calle del Comercio. Coincide en gran parte con el publicado por don Julio Porres en el Catálogo del Conde de Cedillo, que estuvo inédito hasta 1991. Allí aparece en primer lugar una foto de conjunto de la sacristía, hecha poco antes de la conflagración bélica, donde se aprecian junto a los cuadros, otros muchos objetos, como tapices, frontales, códices abiertos, mangas procesionales, todo ello expuesto sin protección alguna a la contemplación de los escasos visitantes que llegaban a Toledo en «el turista», como conocían los toledanos al tren de las 11 de la mañana. Las fotos que siguen son estremecedoras: después del primer asalto al tesoro catedralicio verificado el 4 de septiembre de 1936, los cuadros del Greco han sido descolgados y agrupados de cara a la pared, unos en el vestuario y otros en el ochavo (el Expolio del Greco está detrás de las puertas del Ochavo), las vitrinas están vacías, los códices grandes están apilados sobre las mesas, la custodia está desmontada en grandes porciones, esculturas y ángeles yacen en posturas sorprendentes. Todo estaba preparado para el segundo despojo, que afortunadamente no llegó a consumarse por falta de tiempo.

La rapacidad de los asaltantes se fijó en los objetos pequeños y en los metales preciosos. Casi todo el botín de este primer expolio se perdió. El viril de la custodia, despojado de sus 20 piedras preciosas que se supone se repartirían como trofeo los depredadores, apareció en el cajón de una mesa del gobierno civil. Una de las coronas de la Virgen del Sagrario se halló entre el equipaje, preparado para ser enviado al extranjero, del presidente del gobierno del Frente Popular. Los tres tomos de la Biblia de San Luis aparecieron en Ginebra, junto con la imagen de san Francisco. El tríptico de alabastro se encontró en un pueblo de Francia, la bandeja del rapto de las sabinas había sido vendida a un anticuario de París. De los 64 objetos descritos en la lista oficial sólo seis pudieron ser recuperados.

El despojo afectó también a la biblioteca y al archivo de la Catedral de forma directa o indirecta. Se produjeron pérdidas en el patrimonio bibliográfico y documental de la Catedral, como don Juan Francisco mismo lo manifestó en varias ocasiones. Ahora bien, en aquellas circunstancias era difícil conocer la cuantía de las mermas, que venían a sumarse a las incertidumbres derivadas de las incautaciones efectuadas por la Primera República en 1869. No se disponía más que de un inventario anticuado, con descripciones insuficientes. Así dos libros de horas con bellísimas miniaturas, que se supone figurarían en la exposición de la sacristía, fueron devueltos, al parecer, desde París, en el año 1948, desprovistos de todo signo de identificación. Por otra parte, cuando estalló la guerra, don Narciso Esténaga, antiguo deán de Toledo hasta 1922, se hallaba como obispo al frente de la diócesis de Ciudad Real. Antes de marchar a su sede había comenzado una magna obra sobre la historia de la Catedral y no pudiendo terminarla con comodidad, solicitó y obtuvo permiso del Cabildo para trasladar a Ciudad Real una gran cantidad de libros y documentos, con el fin de dar cima a su redacción sin necesidad de desplazarse a Toledo. Asesinado como la mayor parte de sus antiguos compañeros del cabildo, una parte del archivo capitular que le había sido cedida en depósito provisional fue trasladada a Valencia, dentro de zona republicana, adonde llegó en un camión en octubre de 1937. En aquella ciudad se encontraba el ilustre toledano don Francisco de Borja San Román, Director del Museo Arqueológico y de la Biblioteca Provincial de Toledo, el cual estaba refugiado en dicha ciudad en calidad de miembro del cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos del Estado, al servicio del gobierno de la República. Él se dio cuenta enseguida del valor de lo transportado y de dónde procedía. Su intervención lo salvó milagrosamente de ser convertido en pasta de papel. Estos fondos fueron depositados en el colegio del Patriarca. Estaban integrados por 71 paquetes, más 44 libros de apuntamientos de don Narciso, más 15 carpetas con más de

un millar de documentos del Archivo Capitular. Toda esta historia apasionante la cuenta el archivero valenciano don Felipe Matéu y Llopis, compañero de don Francisco de Borja San Román en aquellas tareas de salvamento, según las notas de un diario clandestino que iba redactando y que luego publicó con sus recuerdos personales en 1969 en un número de *Toletum*, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Al parecer, estos fondos, antes de ser enviados a Valencia, habían sido salvados una primera vez del incendio del palacio episcopal de Ciudad Real por unos miembros del partido comunista. Ambos archiveros, conscientes que no estaba en su poder todo lo trasladado desde Ciudad Real a Valencia, cursaron en diciembre de 1937 una carta a la Junta Central del Tesoro artístico, interesándose por otros 6 libros, que sabían que faltaban y por un número indeterminado de documentos, pergaminos y papeles antiguos de Toledo que suponían que habrían quedado en el obispado de Ciudad Real. (Esta ciudad entonces no se llamaba así, porque los republicanos, ansiosos de borrar todo recuerdo anterior a su revolución, le habían cambiado el nombre por el de Ciudad Libre). Desde las instancias oficiales no hubo respuesta alguna a este requerimiento, según don Felipe Matéu y Llopis. El archivero valenciano recuerda en sus memorias que en los periódicos de Valencia se sostenía la idea de que con el producto del patrimonio nacional, si se vendía en Londres, el bando republicano estaba en condiciones de resistir por lo menos diez años de guerra.

Nada de todo esto consta en la obra de don Juan Francisco. No debe sorprender, por tanto, que él sintiera su obra como deficiente, especialmente en lo relativo a la pérdida de los objetos sagrados. A este propósito, hay que añadir que los borradores de treinta y tantos tomos de don Narciso Esténaga, una vez devueltos a Toledo, fueron cerrados cuidadosamente bajo llave en un armario, para que don Juan Francisco, que cuando redactaba el primer volumen de su obra, no era todavía canónigo, sino beneficiado archivero, no tuviera acce-

so a ellos. Parece, por tanto, que el cabildo tampoco extremó su celo en la colaboración con el autor de la historia de la persecución religiosa. Y si le faltaban datos sobre el lugar donde trabajaba, imagínense Vds. lo que le faltaría sobre el resto de la diócesis. Él era consciente de ello. Si hubiera podido redactar su libro en los años sesenta y setenta, con más sosiego y datos más contrastados, habría salido mucho más perfecto y completo. No lamentaba errores en su obra, sino lagunas. Desde su punto de vista del historiador comprometido con la sola verdad, tenía toda la razón.

Hecha esta salvedad, que le mortificaba, hay que añadir que como toda obra humana, ésta se inscribe en el contexto de su tiempo. Por tanto, el lector no podrá menos de encontrar en ella algunos vestigios de la frascología propia de los vencedores, acuñada en la inmediata posguerra. Don Juan Francisco era un hombre profundamente moderado y no abusó nunca del epíteto descalificador o denigrante. Mientras otros autores utilizaban un lenguaje agresivo contra los perseguidores, él prefería llamarlos marxistas, denominación que vista desde nuestra perspectiva actual, es probablemente la más adecuada para designar al conjunto de fuerzas coaligadas en la lucha antirreligiosa. Me consta que si le hubiera sido posible, habría adaptado el texto del libro al lenguaje conciliar y conciliador. No en vano fue consultor del Vaticano II. A pesar de todo, creo que es preferible dejarlo como está. Las víctimas habían muerto perdonando y la Iglesia, sintiendo el dolor por tantas pérdidas humanas y materiales, había perdonado también desde el principio. El autor de la obra no estigmatiza con rencor a los agresores. Sin embargo, su texto es también una buena muestra del ambiente que se respiraba entre los eclesiásticos de los años 40 y 50. Dejemos, pues, el libro tal como salió de sus manos.

Uno de los capítulos que pueden llamar la atención es el dedicado a las causas de la persecución. Habrá historiadores actuales que discrepen. No se les va a negar ese derecho, pero insisto en que él y

otros muchos de sus contemporáneos percibían las cosas tal como en el libro se describen. Su testificación es valiosa por lo que tiene de cercano y de vivido. Los que han nacido después y no fueron golpeados por el trauma formidable del exterminio sistemático, tienen el campo abierto para engolfarse en largas y doctas disquisiciones académicas, según las fuentes que cada cual utilice y según las posiciones políticas que le sirvan de punto de partida. A muchos nos sigue gustando la frescura y la riqueza del testimonio personal.

Para apreciar todo el contexto de la obra, es preciso situarse en aquella sociedad de los años 40. Era una sociedad muy distinta de la actual: completamente sedentaria, inmovilizada sobre la tierra, abrumadoramente agrícola y campesina. Las comunicaciones eran escasísimas, realizadas exclusivamente a través del correo. En muchos núcleos de población no existía el servicio de teléfonos y donde lo había, los aparatos se contaban con los dedos de una sola mano. No había llegado la revolución del automóvil, ni la del teléfono, ni la de la fotocopia, ni la del televisor. Sobre todo, no había llegado la revolución agrícola, la mecanización del campo. No se había producido aún el gran fenómeno de los reajustes poblacionales debidos a las migraciones internas y externas. Enormes masas campesinas gravitaban sobre unas tierras con frecuencia infértiles y de escasa productividad, trabajadas todavía con el arado romano. El analfabetismo era una plaga social. Pero las gentes no eran insensibles a las insistentes percusiones de la propaganda política, antes al contrario, grandes capas sociales, hambrientas de tierra, habían recibido como ideología explicadora de las realidades sociales una serie de eslóganes elementales y agresivos, tanto más fanáticamente defendidos cuanto que la gente que los adoptaba se hallaba más desprotegida culturalmente. En estas condiciones no siempre fueron los más responsables aquellos que apretaban el gatillo de los fusiles cuanto sus lejanos inspiradores.

Otra nota que conviene destacar en la obra es el profundo

sentido martirial de que está unguida, especialmente el volumen primero, que fue compuesto a raíz de los hechos. Se dan las listas de los asesinados en orden cronológico, como en los antiguos martirologios de Filócalo y Usuardo, dispuestos para la conmemoración litúrgica, todo ello entreverado con referencias literarias al Peristephanon del poeta español Prudencio Clemente y otras fuentes antiguas evocadoras de los gloriosos tiempos martiriales. De los 408 sacerdotes diocesanos y religiosos inmolados solamente un carmelita de Toledo fue sometido a un simulacro de juicio, mientras que todos los demás perecieron a manos de las bandas armadas de buscadores de curas. Las víctimas sufrieron el martirio en el pleno sentido de la palabra, porque entregaron sus vidas sin resistencia por causa del «odium fidei» que sus enemigos profesaban contra el nombre cristiano. Ninguno murió por razones políticas. Incluso hubo algunos que, antes de morir, lo preguntaron expresamente a sus asesinos. En los primeros siglos del cristianismo junto a los mártires cristianos siempre aparecían los lapsos, aquellos hombres que, llegado el momento culminante, se retraían por debilidad humana, apostatando o simulando apostatar, porque carecían de vocación al heroísmo. Pues bien, entre las filas del clero de Toledo de 1936 no hubo ni una sola defección. Nunca se ha visto un clero tan compactamente preparado para hacer la ofrenda de sus vidas por aquel Señor con quien se habían comprometido el día de su ordenación. Hombres frágiles tal vez en su vida ordinaria, llegado el momento de la verdad, no hubo ni un solo caso de claudicación. ¿En qué molde se había forjado el recio temple de sus almas, que la hora suprema los encontró a todos unánimemente preparados? Sin duda que esto es un milagro moral y un altísimo ejemplo para las generaciones futuras, pero el lugar en que nos encontramos, donde ellos adquirieron su formación sacerdotal, aparte de otras consideraciones de orden superior, no puede ser ajeno a una explicación humana de esta compacta unanimidad.

La ponderación de juicio del autor del libro se echa de ver

también en el hecho de que cuando España se escindió en dos mitades irreconciliables, hasta el punto de que ambas partes hubieron de enfrentarse para ventilar sus diferencias por medio de las armas, ninguno de los dos bandos encarnó en sí mismo toda la razón o toda la sinrazón, sino que también hubo gentes honestas en el lado republicano y personas de mala fe en el nacionalista o franquista. Afirmar esto en una época tan temprana y tan llena de recuerdos inmediatos como cuando don Juan Francisco compuso su obra comporta un mérito nada desdeñable. La tendencia a encarnar en el adversario al espíritu del mal en estado puro y de arrojar sobre él todas las culpas de las guerras ha sido una de las constantes de los vencedores de todos los tiempos. Satanizar al adversario derrotado es la primera tarea del triunfador.

Otro rasgo que merece ser destacado en la obra que presentamos es su cuidado estilo literario. El autor estaba en posesión de recursos suficientes para adornar el discurso escrito: un enorme caudal léxico y un dominio perfecto en el uso, según el género literario, de las técnicas retóricas, resultado de una completa formación humanística. Llama la atención en esta obra la robusta expresividad del lenguaje, sencillo, bien trabajado, directo, muy actual, al servicio de las ideas, sin concesiones ni redundancias enfáticas. Sorprende la concatenación imperceptible del esquema mental, la fluidez de la narración, el dramatismo en la recreación de las situaciones, la oposición de los contrastes verbales y conceptuales. Si hubiera que emitir un juicio personal, yo estaría tentado de afirmar que desde el punto de vista literario ésta es la obra más perfecta salida de sus manos.

Una última observación. Cuando falleció don Juan Francisco en 1991, las instituciones académicas a las que pertenecía ofrecieron otros tantos homenajes a su memoria, entre ellas el Estudio Teológico de San Ildefonso. En mi intervención subrayé que la percepción que poseía de su obra escrita le llevaba a considerarse un medievalista que había hecho algunas incursiones incidentales en la historia con-

temporánea. Sostuve en aquella ocasión que probablemente había que revisar su propia visión de las cosas, porque con idéntica fortuna se había internado en el campo de la historia medieval y en el de la historia contemporánea. A medida que transcurre el tiempo nos vamos percatando de que la obra que le sobrevivirá, la que perpetuará su nombre por los siglos es precisamente su historia de la persecución religiosa de la diócesis de Toledo. Perdido en su mayor parte el archivo de los informes entonces recogidos y muertos la mayoría de los testigos presenciales, su obra se ha convertido en un «unicum», en la fuente primaria para el conocimiento de unos años cruciales en la historia de la iglesia de Toledo.

En todo caso, en esta cuestión como en tantas otras, es a la posteridad como instancia final a quien corresponde decir la última palabra.